



Mario Córdova

Su majestad, el cuarteto de cuerdas

A paso lento y seguro, la Fundación Beethoven está recuperando terreno con sus temporadas internacionales de concierto. Tras el golpe pandémico, que le provocó una inactividad de cuatro años, este ciclo que antes ofrecía una decena de jornadas volvió el año pasado con sólo tres fechas y hace unos días inauguró su versión 2025, ahora con cuatro encuentros con muy buena música de cámara.

Esta disciplina ha marcado con fuerza la historia de estas temporadas, siendo los cuartetos de cuerdas las visitas que en mayor cantidad y calidad han dejado hondas huellas. Decenas de conjuntos de esa conformación engalanan el largo andar de esta Fundación, flanqueados con el imborrable recuerdo del Cuarteto Amadeus y Cuarteto Melos, presentes hace ya medio siglo, y el Cuarteto Emerson y Cuarteto Borodin, la década pasada.

Porque pareciera que este tipo de agrupación tiene un trono real reservado para los renacientes conciertos, la partida trajo un



Cuarteto Casals, de España con valor.

nuevo y magnífico grupo: Cuarteto Casals (España). Su nombre homenajea a aquella gloria mundial del violoncello.

Si se aplica el refrán “por sus obras los conoceréis”, había que considerar que el ensamble visi-

tante venía apoyado por muchos premios internacionales acumulados en sus tres décadas de actividad y una abundante discografía en el sello Harmonia Mundi. Así, si había algún público más conocedor que ya presagiaba la

calidad que se venía, la gruesa asistencia al debut en el Teatro Municipal de las Condes se llevó sorpresas mayúsculas.

El programa ofrecido fue muy bien armado. Los Casals dispusieron un español para la partida, con la presencia de una obra de Crisóstomo de Arriaga, un talentosísimo muchachín bilbaíno que en sus breves 19 años de vida se despachó música de máxima belleza y complejidad, que el conjunto enfrentó de maravillas.

Cerrando con Brahms, desbordante en arrebatador romanticismo, el programa alcanzó el cenit con la interpretación del Cuarteto N° 2 de Shostakovich. Fue aquí en que el grupo se mostró por entero, beneficiada su interpretación por la diversidad temática y rítmica de la obra, exigente en extremo. El extenso y profundo segundo movimiento, casi un lamento para violín solista, develó a Vera Martínez Tomas, su ejecutante, como una artista excepcional de un conjunto totalmente a su altura.